

—«Señor Todopoderoso, tú que curas todos los males, á esta pobre mujer que acaba de parir, á tu sierva Natalia, envía la cura y levántala del lecho de dolor, en que reposa. Según la frase de David: *Concebidos en el pecado, somos todos impuros ante tí*».

Calló la voz del anciano. Su flaco semblante era severo y sus hábitos olían á incienso.

—«Preserva al niño, nacido de ella, de todo infierno, de toda desgracia, de toda tempestad... de espíritus malignos, día y noche»...

Ignat escuchaba la plegaria y lloraba sin ruido: sus gruesas y ardientes lágrimas caían en el brazo desnudo de su mujer. Pero probablemente este brazo ya no sentía nada, pues la epidermis ya no experimentaba el más ligero temblor.

Concluida la plegaria, Natalia perdió el conocimiento y el segundo día murió sin decir nada á nadie; murió con el mismo silencio en que viviera.

Después de haber hecho grandes funerales á su mujer, Ignat bautizó á su hijo y le nombró Tomás. Con el corazón afectado se resignó á darlo á la familia de su padrino Maiakín, cuya mujer acababa igualmente de dar á luz. En la barba oscura y espesa de Ignat, la muerte de su mujer sembró varios hilos blancos y en la mirada sombría de sus ojos apareció una nueva expresión, tierna, límpida y acariciadora.

II

Maiakín habitaba un caserón de dos pisos, con un gran jardín, donde viejos y robustos tilos extendían orgullosamente su ramaje. Espesas ramas cubrían con su encaje compacto y sombrío las ventanas de la casa y el sol no atravesaba sino muy difícilmente por este cortinaje, con sus rayos oblicuos y vacilantes. En las habitaciones, pequeñas, llenas

de toda clase de muebles, reinaba siempre una obscuridad triste y severa.

La familia era muy piadosa: un olor de incienso, de cera y de aceite de las lamparillas llenaba toda la casa. Suspiros de penitentes, rumores de plegarias flotaban en el ambiente. Los ritos se cumplían con una puntualidad rigurosa, con delicia; en ellos se encontraba la fuerza de alma de la casa. En esta atmósfera oscura y sofocante se movían sin ruido bultos de mujeres vestidas de negro, calzadas con fieltro, teniendo siempre en la cara una expresión contristada. La familia de Jacob Tarasovitch Maikain se componía de él, de su mujer, de su hija y de cinco parientas, de las que la menor tendría treinta y cuatro años. Todas eran igualmente piadosas, sin voluntad y sumisas á Antonia Ivanovna, la dueña de la casa, una mujer alta, delgada, de rostro sombrío y ojos grises, severos, donde brillaba una mirada imperiosa é inteligente.

Maiakín tenía también un hijo, Taras; pero su nombre no era nunca pronunciado en la familia. Los íntimos sabían que á la edad de diecinueve años Taras había ido á Moscou á hacer sus estudios, que contra el gusto de su padre se había casado tres años más tarde y que Jacob lo había repudiado. Después Taras desapareció por completo; se decía que había sido enviado á Siberia por un delito cualquiera.

Jacob Maiakín ofrecía un aspecto poco común. Era pequeño, delgado, muy vivo, de barba corta, de un rojo fuego, recortada en punta y ojillos verdosos, que parecían decir: «No os inquietéis; aunque os comprendo perfectamente y me dejáis en paz, consiento en no delataros». Su cabeza, desmesuradamente grande, tenía una forma cónica. Su frente surcada de arrugas en todos sentidos se confundía con su cráneo calvo, y hubiérase dicho que este hombre poseía dos caras: la primera que todo el

mundo podía ver, era sagaz y llena de inteligencia, con un enorme cartilago sirviéndole de nariz; la otra misteriosa, sin ojos y sin boca, compuesta únicamente de arrugas detrás de las que Maiakín parecía ocultar otra boca y otros ojos. Los ocultaba de pronto, pero se presentía que esta boca y estos ojos en un momento dado aparecían y le daría una faz enteramente nueva.

Maiakín tenía una fábrica de cuerdas y una tienda en la ciudad, próxima al puerto. En esta tienda, llena hasta el techo de cuerdas y cables, cáñamo y estopa, tenía una trastienda con una puerta de cristales que giraba. El mueblaje de la trastienda se componía de una grande y fea mesa, de un inmenso sillón de cuero, en el que Maiakín pasaba días enteros, bebía el té y leía siempre el mismo periódico: *Las Novedades de Moscou*, al que siempre estaba abonado. Gozaba entre los comerciantes de una gran consideración y pasaba por hombre de buena cabeza. Se complacía en hacer conocer la antigüedad de su familia, diciendo con voz velada: «Nosotros, los Maiakín, éramos comerciantes en tiempos de nuestra madre, la gran Catalina... ¡así es que yo soy un hombre de sangre pura!...»

En esta familia es donde el hijo de Ignat Gordeleff vivió hasta la edad de seis años. En su año séptimo Tomás tenía una cabeza muy grande y un pecho muy robusto: parecía de más edad, tanto por su talla como por la expresión de sus ojos, que eran muy grandes. Dulce, silencioso y obstinado en sus voluntades infantiles, se entretenía todo el día con los juguetes de la hija de Maiakín, Lubov, bajo la muda vigilancia de unas de sus parientas, una vieja solterona gruesa y torpe que se llamaba sin ningún motivo Busia. Esta mujer parecía un sér silencioso y parecía siempre estar asustada; con los mismos niños hablaba á media voz y por monosí-

labos; conocía gran cantidad de oraciones, pero no contaba á Tomás ningún cuento de hadas.

Tomás vivía en buena inteligencia con la chiquilla; pero cuando se enfadaba con ella ó le contradecía, él palidecía, sus ventanas nasales se hinchaban, sus ojos se abrían desmesuradamente y le pegaba con furor. Ella lloraba y se lo contaba á su madre; pero Antonia quería á Tomás y prestaba poca atención á las quejas de su hija, lo que fortificaba la amistad de los dos chicos.

Los días para Tomás eran largos y monótonos. Después de levantarse y de lavarse, se postraba ante los iconos. Busia pronunciaba, gesticulando, interminables oraciones, que el niño repetía como mejor podía. Después venía la hora del té, y con el té se servían muchos bollitos y pasteles. Durante la estación florida, los niños bajaban á un jardín espacioso y ameno, que terminaba en un estanque siempre obscuro. Tenía algo de lúgubre y de él venía un aire frío y húmedo. Como se prohibía á los muchachos aproximarse á este sitio, habían concebido de él un gran terror. En invierno, entre el té y el almuerzo, los niños jugaban en la casa, cuando helaba fuera, ó bien iban al patio y allí se divertían en patinar.

Al medio día se comía á la rusa, como decía Maiakín. Se ponía primeramente en la mesa una gran sopera, llena de sopa de coles, con mucha substancia, donde flotaban pedazos de pan de centeno. Se servía después la misma sopa con la carne, cortada en pedacitos. En seguida venía el asado, lechoncillo, ternera, ó bien cerdo ya hecho, ó carne partida en pedacitos y bien tostada. Se continuaba con sopa de hígado de volatería ó fideos y la comida se terminaba por algún entremés ó algún pastel. Se bebía kwass. Antonia Ivanovna poseía varias clases de fabricación. Todos comían en silencio exhalando de cuando en cuando suspiros de fa-

tiga; los dos niños comían en una vasija, los mayores en otra. Se dejaba la mesa atontado de tanta comida: todos iban á acostarse y durante dos ó tres horas no se oía en la casa de Maiakín más que los ronquidos y la respiración trabajosa de los que duermen.

Al despertar, se tomaba té; después, de sobremesa, se hablaba de las noticias de la ciudad: de los que se casan, de la conducta de éste ó de aquél, de lo que habían dicho ó hecho el cura, los chantres ó tal amigo...

Después del té, Maiakín decía á su mujer: «Vamos, madre, dame la Biblia.» De ordinario Jacob Tarasovitch leía el libro de Job. En su gran nariz cabalgaban unos anteojos con cerco de plata, y echaba una ojeada circular á su auditorio, para ver si cada uno estaba en su sitio. Todos estaban sentados donde tenía costumbre de verlos y sus rostros expresaban ese sentimiento, que conocía tan bien, de una piedad ilimitada y temerosa.

«Hubo un hombre que habitaba el país de Hus...» empezaba Maiakín con voz chillona.

Y Tomás, que estaba sentado cerca de Liuba, en un rincón del cuarto, en el canapé, sabía ya en seguida que su padrino iba á callarse y pasarse la mano por la calva. Escuchaba y se formaba una idea del hombre del país de Hus. Este era grande y desnudo, sus ojos eran inmensos, como los de Cristo y las imágenes, y su voz resonaba como una trompeta, de las que usan los soldados en los campamentos. Este hombre se crecía y ascendía; cuando llegaba al cielo, introducía sus manos sombrías en las nubes y las desgarraba, gritando con voz terrible: *¿Por qué se ha dado la luz al hombre, estando cegado el camino y habiéndolo Dios rodeado de tinieblas?* El miedo, empezaba á apoderarse de Tomás, y éste temblaba; el sueño le abandonaba completamente y oía la voz de su padrino, que decía con

sonrisa imperceptible y tirándose de la perilla:

—¡Ved, qué valiente!

Tomás sabía que estas palabras se dirigían al hombre de Hus y la sonrisa del padrino calmaba al niño.—¡No desgarrará el cielo y le hará trizas este hombre con sus terribles manos!... Y Tomás vuelve á ver al hombre—está sentado en tierra, su cuerpo está cubierto de lepra, su piel supura... Ahora es pequeño y digno de lástima; ya no es más que un mendigo como los que se ponen en los atrios de las iglesias. He aquí que dice: *¿Qué puede el hombre nacido de la mujer, para ser puro y justo?*

—¡Es á Dios á quien habla! explicaba sugestivamente Maiakín. «¿Cómo, dijo él, puede ser justo siendo carne?» ¿Eh? ¡A Dios esta pregunta!...

Y el lector miraba con aire triunfante é interrogativo á las mujeres que le escuchaban.

—Ha sido juzgado digno... el santo... responden ellas suspirando.

Jacob Maiakín toma un aire burlón y dice:

—¡Imbéciles!... Más vale que vayáis á acostar á los niños...

Ignat venía todos los días á esta casa. Traía juguetes á su hijo, le cogía y le estrechaba entre sus brazos; pero á veces le decía con inquietud y descontento mal disimulado:

—¿Qué tienes para estar tan cabizbajo?... ¡Uh! ¡uh! ¿Por qué ríes tan poco?

Y se quejaba á su antiguo amigo.

—¡Tengo miedo de que Tomás siga las huellas de su madre!... Sus ojos tampoco son alegres...

—Es demasiado pronto para que te atormentes así, decía sonriendo Maiakín.

El también quería á su ahijado, y un día que Ignat le anunció que iba á llevarse á Tomás, Maiakín se afligió sinceramente.

—Déjale, exclamó, mírale... El chico se ha acostumbrado á nosotros y llora...

—Ya se consolará... no es para tí para quien tengo un hijo. En vuestra casa el aire es pesado, es triste; en ella cualquiera se creería en una ermita de la secta de los antiguos creyentes. Es malsano para un niño, y yo tampoco me siento alegre sin él. Cuando regreso á mi casa... está vacía. Querría no ver nada. Empero, yo no puedo vivir en vuestra casa, á causa de él. No estoy para él... es él quien está para mí. Eso es. Además, tengo mi hermana ahora; Antheisa ha llegado: no faltará quien le cuide.

Y el pequeño fué llevado á la casa paterna. Allí fué recibido por una vieja rara, de larga nariz curva y una boca grande desdentada. Alta, encorvada, vestida con un traje gris, los cabellos grises cubiertos con una cofia de seda negra, no agradó al chiquillo á la primera vista y aun le asustó. Pero cuando la hubo examinado bien, distinguió en su rostro arrugado, unos ojos negros que le sonreían afectuosamente y se arrojó acto seguido de cabeza en sus rodillas, con confianza infantil.

—¡Pobre huérfano! decía ella, con voz velada, que resonaba para él como una dulce música.

Y le pasaba tiernamente la mano por el rostro.

—Miren como se hace una pelota mi niño querido.

Había algo de particularmente dulce y tierno en sus caricias, algo completamente nuevo para Tomás, que miraba los ojos de la vieja con atenta curiosidad. Esta anciana le introdujo en un mundo que le había sido desconocido hasta el día. Desde la primera noche, después de haberle acostado... se sentó al lado é inclinándose sobre el niño, le preguntó:

—¿Te cuento un cuento, querido Tomás?

Y desde ese día Tomás se dormía cada noche, arrullado por la voz armoniosa de la vieja, que le pintaba un mundo de hadas. Héroses que confundían

monstruos, princesitas rubias, pobres de espíritu, que resultaban ser las más sensatas, toda una falange de nuevos y maravillosos personajes pasaban ante la imaginación del muchacho y su alma se impregnaba con avidez en la sana belleza de las creaciones populares.

Los tesoros de memoria y fantasía de esta anciana eran inagotables y se le aparecía á menudo al principio del sueño, ya como cualquier hada del cuento, buena hada siempre, ya parecida á la bella Basilisa, la sabia. Abriendo sus grandes ojos, contentiendo la respiración, el pequeño miraba la obscuridad de la noche, que invadía el cuarto y temblaba al resplandor de la lamparilla, encendida ante las santas imágenes. Tomás poblaba la noche de cuadros maravillosos de la vida fantástica. Silenciosas y vivas sombras corrían á lo largo de las paredes y del techo: el muchacho tenía miedo y, sin embargo, le gustaba seguir la existencia de esas quimeras, que sabía destruir instantáneamente con un movimiento de sus pestañas.

Algo nuevo apareció en sus ojos, más infantil, más inocente y menos serio. La soledad y la obscuridad habíanle hecho concebir temerosas preocupaciones. Vivía en espera de algo misterioso y este este sentimiento le agitaba y tenía á su curiosidad en acecho. Esta curiosidad le impulsaba á ir á los rincones más oscuros, ver lo que se ocultaba tras el velo espeso de las tinieblas. Iba, no encontraba nada, pero no perdía la fe ni la esperanza de encontrar.

Temía á su padre y le respetaba. La talla enorme de Ignat, su voz de trombón, su faz barbuda, el espeso bosque de su cabellera gris, sus manazas y el brillo de sus ojos, todo daba á Ignat un parecido con los malos de los cuentos de hadas. Tomás temblaba, cuando oía su voz ó sus pasos pesados y rítmicos, pero cuando su padre le cogía en sus ro-

dillas, le sonreía con aire acariciador, cuando su voz sonora le decía alguna ternura ó cuando le lanzaba en el aire para recibirle siempre en sus manazas, el miedo del muchacho desaparecía.

Un día—tenía ocho años—preguntó á su padre que venía de un largo viaje:

—¿Padre mío, de dónde vienes?

—He estado en el Volga...

—¿Has pirateado? le preguntó dulcemente Tomás.

—¿Cómo? exclamó con sorpresa Ignat.

Y sus cejas se arquearon.

—Tú eres un bandido, padre. Lo sé muy bien, decía Tomás guiñando los ojos maliciosamente, encantado de haber penetrado tan fácilmente la vida de su padre, para él tan misteriosa.

—Yo soy un comerciante, replicó severamente Ignat.

Pero, después de reflexionar, sonrió dulcemente y agregó:

—Y tú eres un tontuelo. Yo vendo trigo, trabajo con los barcos... ¿Has visto el *Ermak*? Pues bien, es mi barco y también el tuyo...

—Es demasiado grande... dijo Tomás suspirando.

—Entonces, voy á comprarte uno pequeño, para mientras seas pequeñito, ¿quieres?

—¡Muy bien! exclamó Tomás.

Y después de haber reflexionado un instante en silencio, continuó lentamente y como contrariado:

—Y yo que creía que tú también eras un malandrín ó un gigante.

—Soy un comerciante, te digo, repitió Ignat con tono persuasivo.

Y en la mirada que echó sobre el rostro desencantado de su hijo, se leía una expresión de descontento y casi de temor.

—¿Cómo el padre Teodoro, el que vende pasteles? preguntó Tomás después de un momento de reflexión.

—Eso es... sólo que más rico; yo tengo más dinero que Teodoro.

—¿Mucho dinero?

—¡Bah! más se puede tener.

—¿Cuántos toneles tienes?

—¿De qué?

—¡De dinero!

—¡Tontito! ¿se cuenta el dinero por toneles?

—¿Pues cómo? exclamó Tomás con viveza.

Y, mirando á su padre, se puso á contarle:

—En un pueblo, sucedió que el bandido Maximkraet quitó á un hombre muy rico doce toneles de dineo de toda especie de moneda... Después saqueó una iglesia, partió á un hombre en dos con su sable y lo arrojó desde el campanario, pero este hombre se puso á tocar á rebato...

—¿Es la tía la que te ha contado todo eso? le preguntó Ignat admirando la animación de su hijo.

—Ella ha sido, ¿por qué?

—Por nada, dijo riendo Ignat. He ahí por qué has tomado á tu padre por un bandido...

—¿No puede ser que lo hayas sido en otro tiempo? replicó Tomás, volviendo á su tema favorito.

Y se podía ver en su expresión que ardía en deseos de recibir una respuesta afirmativa.

—Nunca lo he sido... no pienses más en eso.

—¿No lo has sido?

—Te digo que no. Qué rareza... ¿Es bonito acaso ser un bandido? Los bandidos son grandes pecadores. No creen en Dios, saquean las iglesias, todo el mundo los maldice; mira, en las iglesias... Sí, pero no es eso todo, niño mío, es tiempo de trabajar. Pronto vas á tener nueve años... Vamos á empezar con la ayuda de Dios. En el invierno estudiarás y en la primavera te llevaré conmigo á hacer un viaje por el Volga.

—¿Iré al colegio? preguntó tímidamente Tomás.

—Empezarás por trabajar con la tía en casa.

Y poco después el niño se instalaba, desde por la mañana, ante la mesa de estudio, y el dedo sobre el alfabeto eslavo, repetía con su tía: «A. B. V.» Cuando llegó á las sílabas: «Bra, Vra, Cra, Dra,» el niño no podía reprimir la risa pronunciándolas. Tomás hacía todo esto sin dificultad, casi sin esfuerzo y pronto pudo leer de corrido.

—Eso, eso, niño mío, está muy bien, Tomasito, le decía con voz emocionada su tía, maravillada de ver sus progresos.

—¡Bravo, Tomás! decía seriamente Ignat cuando se le hablaba de los progresos de su hijo. Esta primavera vamos á Astrakán á buscar pescado y en otoño entrarás en el colegio.

La vida del muchacho proseguía así, regular y sin accidente. La tía, sirviéndole de profesor, era una compañera para él en las horas de juego. Liuba Maiakín venía de cuando en cuando. En su compañía la vieja se transformaba y volvía á la alegría de la infancia. Se jugaba infantilmente. Los niños se alborotaban gozosamente, cuando veían á Antheisa con los ojos vendados, los brazos extendidos, avanzar en el cuarto, con mil precauciones, dándose, á pesar de todo, con sillas y mesas. El mismo alboroto era cuando estaban en los rincones escondidos:

—¡Ah! los pillos... ¿dónde se habrán metido?

Y el sol alumbraba con sus rayos alegres y amigos este viejo cuerpo gastado que había sabido conservar un alma joven; sonreía á esta vieja vida, que embellecía á medida de sus fuerzas y sus medios el camino por donde se adelantaban dos juventudes...

Ignat iba muy de mañana á la Bolsa y no regresaba hasta la noche. Iba entonces al Ayuntamiento, hacía visitas ú otros encargos. Sucédiale que llegaba borracho.

Al principio, Tomás le huía, cuando le veía en este estado, y se ocultaba; después se habituó y concluyó por encontrar asimismo que su padre, borracho, era más bueno y más acariciador.

Cuando su padre venía así por la noche, el niño se despertaba siempre por el ruido de una viva discusión.

—Antheisa, hermana mía, ¡déjame besar á mi hijo, á mi heredero! ¡déjame besarle!

Y la tía trataba de calmarle, con su voz cargada de reproches y de lágrimas.

—¡Anda! ¡Anda! ¡Acuéstate, so bruto! ¿Está bien emborracharse así? Ya tienes canas...

—Antheisa, ¿no me es posible ver á mi hijo? ¿Aunque no sea más que con un ojo?

—Ojalá que tus borracheras te arrancasen los dos...

Tomás sabía bien que su tía no dejaría á su padre entrar en su habitación y se volvía á dormir al rumor de sus voces.

Pero cuando Ignat llegaba borracho durante el día, con sus manazas cogía á su hijo y con una risa nerviosa lo llevaba á través de todos los cuartos, preguntándole:

—Tomás, ¿qué deseas? Habla... ¿Bombones? ¿Juguetes? Es menester que sepas que no hay nada en el mundo que yo no te pueda comprar. Tengo un millón de rublos. ¡Ja, ja, ja! Y tendré mucho más. ¿Has comprendido? Todo es tuyo. ¡Ja, ja, ja!

Y, bruscamente, su alegría se apagaba como una bujía que una racha de viento sopla. Su rostro de borracho temblaba, sus ojos enrojecidos se llenaban de lágrimas y sus labios dibujaban una sonrisa temerosa y abatida.

—¡Antheisa!... si muriese... ¡qué sería de mí, entonces!

Y á este pensamiento, montaba en cólera.

—¡Todo ardería! gritaba con los ojos inyectados,

mirando hacia algún rincón obscuro de la habitación. ¡Todo lo destruiría! ¡Todo estallaría!

—¡Basta, gran animal! Vas á asustar al pobre chico; ¿tienes acaso ganas de que caiga enfermo? le decía Antheisa.

Y eso bastaba para que Ignat desapareciese, murmurando:

—¡Vaya, vaya, vaya! ¡Me voy, me voy, me voy! No hace falta gritar; no le asustes...

Si por casualidad Tomás estaba malo, su padre dejaba todos los negocios y no se movía de la casa, cansando á su hermana y á su hijo con preguntas y consejos estúpidos. Sombrío, los ojos llenos de terror, la cabeza perdida, iba y venía por la casa, que llenaba de gemidos.

—¡Tú ofendes al buen Dios! decía Antheisa. Ten cuidado, tus murmuraciones llegarán al Señor y te castigará por tus quejas.

—¡Ah! hermana mía, suspiraba Ignat. Debes comprender que si le ocurriese algo, mi vida no me pertenecería. ¿Para qué habría vivido?

Tales escenas y los bruscos cambios de humor de su padre habían espantado al muchacho al principio; pero no tardó mucho en habituarse, y, cuando por la ventana veía á su padre salir trabajosamente del trineo, decía con indiferencia:

—Tía, ahí viene padre borracho otra vez.

La primavera llegó, é Ignat cumplió su promesa. Llevó al muchacho con él á bordo de uno de sus barcos y entonces empezó para Tomás una vida diferente, rica en sensaciones nuevas.

El *Ermak*, bello y de potencia, baja rápidamente el río; es el remolcador del traficante Gordeieff, y las dos riberas del Volga, imponente y soberbio, parecen avanzar lentamente á su encuentro.

La orilla izquierda, inundada de sol, se extiende en lontananza, parecida á una inmensa alfombra

verde; mientras que la de la derecha eleva hasta el cielo sus cumbres cubiertas de inmensas selvas, inmóviles en una calma austera.

Entre ellas serpentea majestuosamente el ancho río; arrastra en silencio solemne y sin prisa sus aguas inconsciente, con sus fuerzas irresistibles. Por un lado los bordes escarpados se reflejan en sombríos cuadros, mientras que brilla en el otro, como una maravillosa *toilette*, el oro de las playas de arena y el terciopelo de las verdes praderas.

Aquí y allá, en la montaña y en el valle, se ven casitas. Bajo los ardientes rayos del sol, los cristales de las casas y las techumbres de paja proyectan tonos vivísimos en la verdura de los árboles y las cruces de las iglesias relucen, mientras que giran perezosamente las grises alas de los molinos, y á lo lejos una chimenea de fábrica dibuja en el aire tranquilo espirales negras de humo espeso. Un grupo abigarrado de niños, vestidos con camisas blancas, rojas ó azules, siguen á lo largo de la orilla y acompañan la marcha del buque. Este turba la quietud del río con sus potentes ruedas, y las ondas alegres van hasta la orilla, muriendo á los pies de los chiquillos.

Otros chicos van sobre una frágil embarcación y se apresuran á fuerza de remos hacia el centro de la corriente, para ser arrastrados en el surco del remolcador. A veces se percibe en los sitios inundados las copas de los árboles sumergidos en el agua, parecidas á islotes. Una canción plañidera llega de lo lejos como un largo suspiro.

El barco deja atrás y enloda con el timón una porción de tablas, que navegan por el río. Los marineros, con camisas azules, titubean, miran al barco riendo y gritan algo incomprensible. El soberbio *Ermak* navega á lo largo del río; su carga que consiste en tablas de sierra, brilla como el oro al sol y